

***Soledades de Aurelia* (1737) de Jerónimo Fernández de Mata. Forma y sentido**

TAPSIR BA

Universidad Cheikh Anta Diop

Soledades de Aurelia es una novela didáctica¹. En ella, Jerónimo Fernández de Mata (cuyos datos de nacimiento y muerte desconocemos) enseña el arte de alejarse del engaño. Presentada así, la obra parece muy asequible. Desgraciadamente, no lo es. ¡Y por muchas razones! A la grafía clásica del Siglo de Oro se suman, para el lector de hoy, la dificultad de leer y la de comprender. Este estudio va encaminado a reducir tales dificultades, pues analiza la forma y el sentido de la novela.

1. Forma

Aurelia es una dama nacida en la Corte². Muy pronto se da cuenta de que en ésta están vigentes los «accidentes engañosos» (p. 139). Aquí imperan cuantos vicios asaltan al cortesano³. Para no perecer en «el popular golfo lleno de accidentes» (p. 1), la protagonista decide refugiarse en una «soledad discreta» (p. 1). Este retiro del mundo cortesano, este viaje fuera de la Corte, ni se relata ni se describe de manera lineal. Su relato es variado, polifacético. Reviste, pues, las formas narrativa, epistolar y alegórica.

1. Este ejemplar, el único conservado hoy día, disponible en la Biblioteca Nacional de Madrid y en la de París, es una reimpression. A ésta remiten todas las citas de este artículo (modernizaré las grafías y la puntuación). La edición *princeps*, la de 1639, no aparece por ninguna parte. De ella no se ha conservado ningún ejemplar; cfr. Ripoll (1991: 83).

2. Nótese que el tiempo y el espacio son imprecisos. El autor, para llegar a un público universal, no asienta la trama novelesca en ningún espacio ni la circunscribe en ningún período. La Corte a la que se alude en la obra puede ser, pues, el prototipo de todas las Cortes de todas las épocas.

3. Antonio de Guevara, en su *Menosprecio de Corte y alabanza de aldea*, había recalado lo peligrosa que es la Corte por ser un lugar donde «están tan a mano los vicios, que andan allí muy grandes vicios» (p. 211).

Relato autobiográfico

Es el recurso escogido por la protagonista. En efecto, Aurelia, la heroína epónima, después de llamar la atención a los cortesanos sobre la diferencia que existe entre la Corte y la soledad, en las primeras páginas, hace una presentación de su persona. Su nacimiento y su crianza en la Corte⁴, los disgustos que le causaron las costumbres de ésta y el casi nulo impacto que las costumbres cortesanas tuvieron sobre ella⁵. Todos estos elementos narrativos integran dicha presentación. Aún más, ella no oculta ninguna de las circunstancias fundamentales que la instaron a vivir en las soledades. Así es como, siempre en primera persona, relata el caso de la amiga llorosa⁶.

El lector, cuando emprende la lectura de *Soledades*, no está perdido. La autopresentación de Aurelia es suficiente para ponerlo en buen camino.

Igual ocurre con el «venerable hermitaño» (p. 20). Su penitencia es tan dura que Aurelia no puede menos de irle al paso y, sobre todo, de conversar con él⁷. Tras retratarlo de cuerpo entero y tras describir su ermita, que ella califica de «natural» (p. 21), por ser «un peñasco roto, por cuyas aberturas entran silvestres árboles» (p. 21), Aurelia le ruega que se presente.

Tal como hiciera Aurelia antes, el anacoreta sacrifica al ritual de la presentación. Cuenta su nacimiento, revela su nobleza, dice su profesión de soldado y, sobre todo, hace hincapié en las razones por las que ha venido a vivir a las soledades. Esta presentación detallada y copiosa que va de la página 25 a la 32, esto es, que se extiende en siete páginas, se hace, huelga decirlo, directa y personalmente: Nací noble [...] mi inclinación me pidió armas [...] díselas... (p. 25).

Este discurso de autopresentación no es el único medio al que recurre Fernández de Mata para hacer intervenir a los otros personajes. Tal como veremos a continuación, se vale también de la apóstrofe.

La apóstrofe

Las primeras páginas de *Soledades* describen una escena peculiar. Una amiga de Aurelia entabla un diálogo con su «querido espejo» (p. 12), personificado, para que éste le alabe la belleza sin par que goza actualmente, tal como lo patentiza la expresión hipocorística «lisonjero mío» (p. 11). Pero llega a mayor grado la apóstrofe con la irrupción en la escena de la naturaleza, entendida en sentido lato, así como de los fenómenos naturales.

Pese a estar sumida en las soledades, Aurelia no siente ningún arrepentimiento ¡Al contrario! Está satisfecha de ellas y aun «agradecida» (p. 13). Por eso, en toda la obra, «la soledad» o su variante «las soledades», expresión muy frecuente (repetida más de cincuenta veces), aparece siempre positivamente connotada. A veces es un ser que respira⁸, otras es una amada⁹, otras una santa¹⁰, otras un personaje importante¹¹, otras el mismísimo con-

4. «Nací en la Corte, ella me ha criado» (p. 24).

5. «Sus costumbres [de la Corte] contra mi inclinación obraron poco» (p. 3).

6. «Yo tenía una amiga, ilustre en sangre, [...] sucede hallarla un día sola, [...] que con blandura llora» (pp. 3-4).

7. «Llévame a verle un deseo de comunicarle» (pp. 20-21).

8. «Respiremos soledades pacíficas» (p. 17).

9. «Pretendiente soy de soledades» (p. 68).

10. «Desierto sacro» (p. 70).

11. «Respetado desierto» (p. 71).

suelo¹². Las soledades gozan en la obra, es patente, de un verdadero estatuto de protagonista gracias a la apóstrofe. Así como, en otros episodios, lo efectúa la hipotiposis.¹³

La hipotiposis

No siempre es Aurelia consciente de lo que le pasa. Es lo que ocurre cuando soñó con «una hermosa dama [...] en traje de guerrera» (p. 102). Esta dama perseguida, calificada de «loca» (p. 104), simboliza la verdad. Es la verdad. Merced a la hipotiposis, este episodio del sueño resulta de gran interés. Es que, gracias a esta figura estilística, la aparición de la dama es tan fuerte que aun ésta viene a ser un ser de carne y hueso:

En esta confusión la sueño... póneme la mano en el pecho (p. 105).

No puede renunciar, por lo tanto, ni a presentarse ni a revelar el porqué de su exilio de la Corte: Yo, cuyo asiento es el cielo, salgo vituperada de las Cortes (p. 105).

Justifica su presencia en el territorio de Aurelia porque la mentira, su enemiga, «crece en grandezas» (p. 105). Hasta le dan «el primer asiento» (p. 105) por doquier, en los estrados de las damas, en los palacios, etc. Desdeñada, vituperada y todo, la dama soñada tiene gran capacidad de resistencia. Hasta le recomienda a Aurelia que la imite:

Levanta, Aurelia, tú sigues mi estandarte, resiste; si algún asalto tu quietud alterase, ejemplos tiene (p. 107).

Este sueño «no es una inventiva soñada» (p. 108), pues, para Aurelia, es una «revelación» (p. 108), «una verdad del cielo» (p. 108), a través de las cuales el autor patentiza lo variado que es el discurso de una presentación directa, que coexiste con otras dos presentaciones indirectas: la epistolar y la alegórica.

La presentación epistolar

Hay en la novela tres cartas. La primera aparece ya en las páginas iniciales. Se trata de una carta a la que alude Aurelia. Entre los motivos que la forzaron a exiliarse de la Corte, Aurelia menciona el que le dio una amiga suya a través de una carta de despedida dejada por otra amiga moribunda. Esta carta intenta suavizar la pena de los enlutados, pero al mismo tiempo les abre los ojos sobre lo inevitable que resulta la muerte:

En camino tan forzoso ninguno al fin se queda (p. 7).

Incluso la muerte, tal como lo revela la carta, debe llevar a su autora bienaventurada a «la dichosa patria» (p. 9). Pues la muerte no es pena; es felicidad eterna. Este mensaje no deja de tener su influencia sobre la destinataria, quien pronto se da cuenta de que la

12. «Soledades, ya que así me tratan las grandes poblaciones, recibidme vosotras» (p. 107).

13. Dupriez (1984: 240).

amiga difunta «lejos está de adulación y vanidad» (p. 11). Y así es como la destinataria decide dar otro rumbo a su vida.

Esta amiga desengañada por la carta dejada por la amiga fallecida es la que inspira a Aurelia en su búsqueda del desengaño. Tras ver llorar a la amiga, Aurelia decide imitarla, saliendo del mundo de «las galas superfluas» (p. 12), del «aseo necio» (p. 13). Es patente, desde luego, que esta forma epistolar es la que permite introducir en la trama de la novela a este personaje de la mujer parangón.

Nisa, la dueña que ha criado a Aurelia y que la ha atraído más a las soledades, le remite una carta, muy especial, titulada «Carta de mucha gente a mucha soledad» (p. 35). Esta segunda carta la dirige una dama de la Corte a Aurelia para que ésta renuncie a su empeño de vivir en las soledades. Le pide que vuelva a la Corte ya que, para la remitente, «en toda parte halla lugar la virtud» (p. 36). A diferencia de los que afean la Corte, según la supuesta amiga de Aurelia, ésta es verdadera escuela de los desengaños. Según la cortesana, Aurelia no puede ni debe seguir viviendo en las «soledades llorosas» (p. 37). Debe vivir según su edad. La forma aforística con la cual acaba la cortesana su carta es aleccionadora:

Violentar los años es confusión de vida, dar madurez de otoño a primavera, vestír a mayo con espigas de agosto (p. 37).

A través de este himno epicúreo, se concretiza la irrupción de un personaje especial en la trama novelesca: la cortesana. Ésta se presenta como lo contrario de Fidenia, cuyos discursos forman la tercera carta del tríptico epistolar de *Soledades*. Los «discursos de Fidenia» (p. 51), que se sitúan en el centro de la obra, ocupan la tercera parte de ésta (pp. 52-101). En ellos, esta dama cuenta su regalada crianza¹⁴, sus amores con el pretendiente desestimado de los padres, la huida a las soledades con éste después de la muerte del novio ideal, el «caballero ilustre» (p. 57).

Esta carta, escrita bajo forma de «discursos», la encontró Aurelia por casualidad en la corteza de un roble. Es un mensaje universal, según la remitente, quien, después de considerar la vanidad de su vida pasada, se pone a contar su experiencia para que pueda beneficiar a los demás. Además de su carácter universal, que no deja de surtir efecto en Aurelia, la carta / discurso prepara la entrada en la escena de Fidenia, quien desempeña en el resto de la novela un papel determinante. Pero, más que todo, constituyen los «discursos» de Fidenia el tronco del que se desprende la última rama estilística de *Soledades*: la alegoría.

La presentación alegórica

Durante sus peregrinaciones por las soledades, Fidenia relata que algún día llegó a la «boca de una cueva» (p. 86). Entró y encontró «las paredes en torno llenas de pintura» (p. 87), acompañadas de parábolas. El lector, pues, pasa revista a las fortunas y adversidades de los príncipes y de los validos, conforme van desfilando las ocho escenas. No se

14. «Criáronme mis padres con regalo» (p. 55).

excusa a ningún poderoso: ni «al rey valeroso» (p. 87) que muere olvidado y lapidado, ni al «gran privado» (p. 95) que muere ahorcado por haber discutido con el monarca sobre un episodio del juego de la pelota. En esta trayectoria del destino de los que rigen el mundo, el novelista los presenta, por turno, afeando cada vez un vicio. Así se pintan respectivamente en los cuadros 2º, 3º, 4º, 5º, 6º y 7º, la «envidia» (p. 89), «la maldad» (p. 89), la deslealtad, la «traición» (p. 92), la crueldad y la cólera. Estas alegorías le han permitido a Fidenia medir la vanidad del mundo. Constituyen, después de las presentaciones y de las cartas, el remate que cierra el proceso narrativo de *Soledades*, cuya esencia gira en torno al desengaño.

2. Sentido

Harto conocido es el concepto del desengaño¹⁵. Pero el autor de *Soledades* no se contenta con teorizar. Su obra intenta escenificar esta teoría trillada. Así es como, a través de las peripecias que viven los personajes relevantes, pinta las múltiples facetas que reviste el desengaño, presentado no como una noción estática, sino como un proceso dinámico que consta de varias etapas sucesivas, tales como la huida de lo efímero, la condena de la mentira y el triunfo de la verdad.

La huida de lo efímero

En el camino del desengaño, el primer paso que ha de dar el candidato es huir de cuanto es efímero. La amiga de Aurelia a la que va dirigida la primera carta es tan bella que aun se ilusiona con no perder su hermosura. Por eso, en un momento dado de vanagloria, no vacila en entablar un diálogo con su «confidente», el espejo, al que le pide que le oculte el color marchito de su belleza. Hasta le ordena que él se niegue a representarle «el ocaso» de su belleza:

olvídate de representarme algún día ésta mi ardiente tez en la declinación de su luz (p. 4).

Estas recomendaciones no las dirige la amiga sólo al espejo. El tiempo es otro interlocutor de la dama, debiendo las cosas cambiar, rondando la muerte, acercándose la vejez, tal como lo recalca este suspiro amargo que ella deja escapar:

¡Ay! ¿Adónde vamos? Fuerza es que el río al mar se restituya (pp. 5-6).

En esta empresa del desengaño, incluso se inspira la amiga de Aurelia de la naturaleza tan mudable de la rosa:

Ejemplo tengo en una rosa que, al alba presumida, a la tarde se mira despreciada (p. 5).

15. El *Diccionario Enciclopédico* (Barcelona, Olympia, 1995) lo define así: «conocimiento de la verdad, con que se sale del engaño».

El «eremita soldado» (p. 33) que, cansado de la guerra, vino a aislarse al «valle de Aurelia» (p. 48), ni olvida lo contencioso de las riquezas, que son el «pleito eterno del hombre» (p. 34) ni su carácter efímero.

La suerte de la fiesta corre paralela a la de la riqueza. Por eso, Aurelia, a quien la cortesana aconseja que vuelva a la Corte para presenciar la fiesta, no acepta. La gala que le tiene preparada la dama es una prenda percedera como el gusto esperado:

Sin usarla [la gala] verás envejecerse lo mismo que el gusto que pudiera darme (p. 41).

Así es como, frente a la fiesta cortesana, Aurelia prefiere el espectáculo que ofrecen las estrellas en el cielo, donde «todo es regocijo» (p. 40).

La vida humana misma, igual que la belleza, la riqueza y la fiesta, es blanco de las críticas por parte del candidato al desengaño. Es efímera y frágil. Su término es imprevisible, rondando la muerte, de manera indiscriminada, a todos:

Un mismo filo corta encina dura, delicada flor (p. 32).

En suma, quien quiere emprender el viaje del desengaño ha de hacer costosos esfuerzos por desquilar toda la «material belleza» (p. 53). A pesar de todo, eso no sería más que un primer paso. No sería suficiente. Para que lo fuera, sería menester que el «engañado» llegase a dar otros pasos hacia la condena de la mentira.

Condena de la mentira

¿Qué lugar es más adecuado que la Corte para acoger a la mentira¹⁶? Por eso, bajo la pluma del novelista, la Corte viene a ser una «fabulosa invención» (p. 15) donde reinan la insensatez, la vanidad, etc. Sumida con gozo en sus soledades, Aurelia le reprocha a la Corte la falta de sensatez, por no poder, con rigor y constancia, tener un juicio exacto y firme¹⁷. Así, a la que se calla, la Corte la tilda de «necia»; a la que vive retirada, de «vana»; a la que está triste, de «loca»; y a la que está alegre, de «fácil» (p. 15). Los calificativos, en vez de calificar lo esencial, califican lo accesorio, el humor movedido.

El soldado convertido en ermitaño, al contar su vida castrense, recuerda que también en la Corte todo es «viento» (p. 26). Pero lo que más afea la Corte es la ausencia de la justa recompensa. Por esa «desigualdad» (p. 28) el soldado, a pesar de sus hazañas, no ha podido seguir en la Corte:

16. Antonio de Guevara, *Menosprecio de Corte*, hace de la Corte la cuna de la mentira: «En la Corte no hay cosa más rara de hallar y más cara de comprar que es la verdad» (p. 192). En su obra anterior, *Epístolas familiares*, había subrayado este monopolio de la Corte: «Otras cosas hay en esta Corte a buen precio, o por mejor decir, a buen barato; es a saber, crueles mentiras, nuevas falsas» (pp. 101-102).

17. El mismo reproche le hace Antonio de Guevara al mundo, a la Corte. Tanto en *Menosprecio de Corte*: «En la Corte todos son obispos para crismar y curas para bautizar y mudar nombres es a saber: que al soberbio llaman honrado, al pródigo magnífico; al cobarde, atentado, ... y aun al callado bobo y nescio» (p. 188); como en *Epístolas familiares*: «¡Oh, a cuánto se obliga el que a gobernar a otros se obliga, porque si es justo, llámanle cruel; si piadoso, menosprécianle; si liberal, tiénenle por pródigo; si guarda, por avaro; si pacífico, por cobarde» (pp. 361-362).

Esto [la desigualdad] fue gran motivo para huir las Cortes (p. 28).

A la par de este ermitaño, Fidenia también ha salido de la Corte donde «interceden mentiras» (p. 69). En este espacio que se rige «por la opinión y no por la razón»¹⁸, no se puede juzgar ni apreciar con rectitud. Ahí campea el «corazón falso [...] que siempre se muda» (p. 29).

En esta confusión de la Corte, quien se preocupa por desengañarse no puede oír la voz del desengaño, la voz de la verdad. Tiene que salir, como sea, de la Corte. Tanto más cuanto que aun los que la han concebido y creado, los príncipes, son los primeros desertores, siendo sus propias víctimas.

En los ocho cuadros alegóricos de la cueva de Fidenia (pp. 86-97) se satirizan tanto la vanidad del poder, su inconstancia, su fragilidad como sus yerros y falsedades. Contra éstos no hay potencia que valga ni fama que sirva. La muerte que se dio a los tres validos y a los cinco príncipes traduce, sobremanera, lo mentirosos que son la gloria y el poder. Al partidario del desengaño no le queda, pues, más remedio que buscar la verdad. Por otros senderos.

El triunfo de la verdad

Para que la verdad triunfe hacen falta muchas condiciones. La primera es que haya un camino nuevo. Como las soledades donde, por lo menos, reina «la paz del silencio» (p. 13), y donde «corre por sus períodos el año» (p. 14). Pero vivir «la vida retirada» (p. 1) no le basta a quien se encamina a este sendero. Es recomendable, pues, que él se transforme a sí mismo. La experiencia de Aurelia y de Nisa, que ha sido su mentor, muestran hasta qué punto ambas se han transformado. A pesar de la pobreza material de estas comarcas desérticas, ellas nunca han ideado renunciar al proyecto de lograr el desengaño. Cabe destacar la respuesta de Aurelia a la cortesana que la invita a volver a la Corte. Aurelia, de manera terminante, le hace reconocer a la dama que sus argumentos son totalmente contrarios:

Son [le echa en cara] nuestras razones diametralmente opuestas (p. 39).

Es que, agrega la candidata al desengaño, la cortesana se gobierna por la «opinión» (p. 46) mientras que ella «por la verdad» (p. 46). Esta respuesta se hace eco de la que Aurelia ha dado al ex pretendiente encontrado por casualidad en las soledades:

Ande en opiniones mi elección, que quien en la verdad se funda, satisfacerse a sí propia, hallarse en lo interior asegurada, tiene por respuesta... (p. 123).

La seguridad del alma es, en efecto, la recompensa de tal retiro. Y si hace «buen uso de la vida» (p. 139), o sea de esta seguridad, el candidato no sólo se metamorfosea, sino que debe morir, siendo la muerte el sumo grado de la metamorfosis.

18. Antonio de Guevara, *Menosprecio de Corte*, p. 188, nota 19.

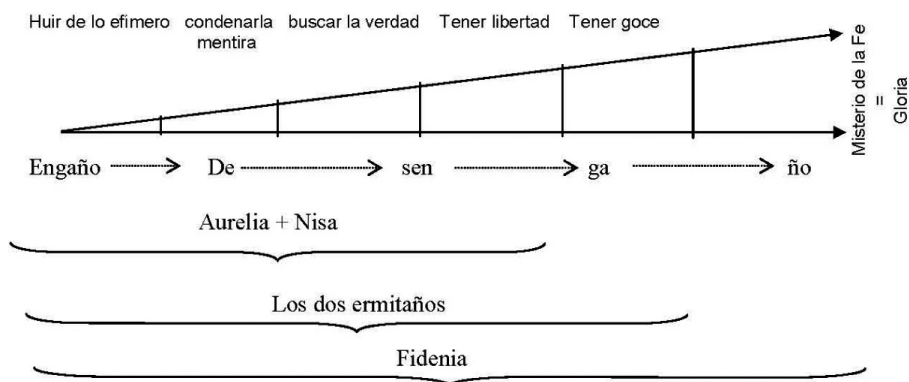
Fidenia, al responder a su ex pretendiente (con el cual ha huido a las soledades), le hace comprender que la Fidenia amorosa y temeraria, ya no existe. La que existe ahora es la Fidenia desengañada, la penitente:

Hombre temerario, deja relaciones, olvida eficacia, que ya murió Fidenia (p. 82).

Las soledades ya no son soledades. Gracias al misterio de la resurrección, se han transformado, ventajosamente, en un «desierto sacro» (p. 69), que no se ha de «violar» (p. 71). En este «respetado desierto» (p. 72), el nuevo individuo resucitado debe lograr el éxtasis, porque todo está en favor de la verdad, que salió «vituperada de las Cortes» (p. 105). Se comprende así sin dificultad el goce extraordinario que conocen Aurelia y Nisa, quienes, no pudiendo comprimir este sentimiento, lo dejan estallar bajo la forma de un himno a la libertad:

Cantemos, Aurelia [le dice Nisa] la amable libertad (p. 142).

No obstante, se debe reconocer que este hallazgo no constituye más que una primera etapa. En efecto, en el proceso dinámico del desengaño, hay dos etapas: la primera, que se parece mucho a una iniciación, y la segunda, que debe desembocar en el triunfo de la fe. Entonces, si para desengañarse uno tiene que evitar lo efímero, condenar la mentira y reconocer la verdad, para llegar al término del proceso uno ha de tener fe en Dios y hacer penitencia. Así lo han hecho Fidenia y los dos ermitaños, el ex soldado y el fallecido. Aurelia y Nisa, pues, están cursando todavía las leyes elementales del desengaño. Son, para tomar un término castrense, aspirantes a mayor desengaño. Encima de ellas se sitúa la pareja de los ermitaños, mientras que Fidenia es el prototipo de los desengañados. No todos pueden llegar a tal proeza. A pesar de todo, Aurelia y Nisa están en el buen camino, tal como lo muestra el esquema siguiente:



Pero, a decir verdad, ellas sólo han llegado a medio camino, esto es, a la etapa al cabo de la cual alcanzarán la gloria. Más venturosos son los ermitaños. Han conseguido

un grado muy elevado de desengaño, el goce, el sosiego del alma. El sumo grado sólo lo ha alcanzado Fidenia; porque, para ella, es patente, no basta con teorizar el concepto del desengaño, hay que ponerlo en práctica:

Hablar de desengaño es fácil [...] y tiénese por discreción; mas obrar como desengañado, ¡dichoso el que lo alcanza! (p. 101).

¡Bien puede considerarse ella como dichosa, pues ha obrado como desengañada! Su «piadoso caso» (p. 149) constituye y seguirá constituyendo un libro que leerán con mucho provecho todos los candidatos al desengaño.

3. Conclusión

La novela de Fernández de Mata es un libro que, de manera práctica, enseña el arte del desengaño. Aurelia, la «ignorante» (p. 127), necesita, para cursar este libro, ejemplos y, sobre todo, modelos. En efecto, tanto las amigas del espejo y de la carta como Nisa y los ermitaños, todos le muestran el camino que debe seguir para llegar a buen puerto. ¡Con las etapas bien fijadas, con los obstáculos bien identificados! Pero, más que todo eso, Aurelia «necesita de maestro» (p. 127), cuya «sabiduría [...] podrá bien instruirla» (p. 127). Pues, para ser iniciada, tiene necesidad de Fidenia, quien representa el ideal de perfección que debe esforzarse por alcanzar como cualquiera que emprendiere el viaje hacia el desengaño total, esto es, los «misterios» (p. 133) de la pura verdad.

Bibliografía

- RIPOLL, B. (1991): *La novela barroca. Catálogo biblio-biográfico (1620-1700)*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- DUPRIEZ, B. (1984): *Les procédés littéraires Gradus*, Paris: Union Générale d'Éditions.
- FERNÁNDEZ DE MATA, J. (1737): *Soledades de Aurelia*, Madrid.
- GUEVARA, A. de (1951-1952): *Epístolas familiares I, II*, ed. de J. M. de Cossío, Madrid: RAE.
- GUEVARA, A. de (1987): *Menosprecio de Corte y alabanza de aldea. Arte de marear*, Madrid: Cátedra.
- MANRIQUE, J. (1939): *Coplas por la muerte de su padre, el maestro de Santiago don Pedro*, ed. de M. Altolaguirre, La Habana: La Verónica.